

aparecieron los principales actores de este matrimonio de gran espectáculo. Todos los elementos que á él habían concurrido eran muy satisfactorios; todos los detalles, muy brillantes; sólo se había omitido una bagatela, como sucede en ocasiones semejantes: el amor.

II

La historia de mistress Bowerbank es muy sencilla, pero muy triste; mas antes de entrar en más detalles, no estará demás decir algo de su marido.

El retrato más fiel que de él pudiera hacerse se encierra en estas palabras:

Es un hombre de negocios.

Fuera del mundo de los negociantes se acostumbra á mirar con una especie de desdén á los hombres que poseen esa especie de mérito, sin que sea posible explicar el por qué; todo observador atento comprenderá que para ser el verdadero tipo del hombre de negocios es preciso reunir muchas cualidades eminentes.

El negociante necesita ser exacto, perseverante, tener ingenio é iniciativa; un sentimiento fuerte de sus derechos propios, y á la vez mucha equidad; saber reconocer

los derechos de otro, pero en una medida conveniente; por conciencia, por razón y por prudencia, no hacer más que lo que desearia que hicieran con él mismo; ser bastante firme, para establecer una justa balanza entre la justicia y la generosidad; ser honrado antes de ser benévolo, y justo antes que compasivo; no hacer daño á nadie, pero no tolerar tampoco el que pretendan hacerle; ser estricto y exigente en todo, para alguna vez poderse mostrar generoso; velar sobre sí mismo en los menores detalles, á fin de poder exigir lo mismo en las gentes que emplea; saber deplorar vivamente la pérdida de una libra esterlina, y, en casos dados, no economizar millones si se trata de un gasto honroso y oportuno.

Este hombre de negocios tendrá muchos enemigos, que le harán en toda ocasión el objeto de sus críticas: dirán que es un egoísta, que sabe muy bien cual es el mejor camino, etc.; pero hay muchas cosas excelentes en el mundo, obra de los hombres dotados de este temperamento; y estas obras, útiles y buenas, se han llevado á cabo por ellos con más éxito y más dignidad que todas las inventadas por esos grandes genios, que todo lo emprenden y nada consiguen; por todos esos grandes inútiles, que sólo alcanzan á entristecernos con el espectáculo de sus decepciones y caídas.

Hacia sesenta años que John Bowerbank estaba en el mundo, y, por tanto, se decía de él mucho bueno y mucho malo; pero to-

dos, amigos y detractores, se hallaban conformes en asegurar que no había faltado jamás á sus promesas y que nunca se le había visto ni pedir ni robar un *schelin*: su ideal podía no ser muy elevado; su vida ordinaria estaba muy lejos del heroísmo; mas, en resumen, era un hombre bueno y honrado, un verdadero hombre de negocios.

Nada podía excitar el interés en su persona: era pequeño de cuerpo y fornido; sus cabellos, casi blancos, guarnecían su frente y dejaban al descubierto su cabeza calva y brillante: el más poderoso esfuerzo de imaginación no hubiera podido transformarle en héroe de novela; y, sin embargo, era muy cierto que él también había tenido su novela, como todo hombre que está dotado de corazón la tiene en su vida.

La novela de John Bowerbank estaba íntimamente ligada con una modesta tumba, que mistress Knowle descubrió un día que fue á visitar la de su pequeño Edward: aquella tumba de mármol blanco, sin emblemas ni coronas, tenía en letras negras esta sencilla inscripción:

JUANA CRUX,
ESPOSA DE JOHN BOWERBANK:
MURIÓ DE SOBREPARTO,
Y YACE AQUÍ CON SU HIJO.

Desde aquel día la buena y gruesa Emma miró con un interés más vivo al asociado de su esposo; pero era tal el olvido que había

caído sobre aquel episodio, que muchas gentes consideraban á mister Bowerbank como célibe; cuando los años y las riquezas le agobiaron con su peso, se dijo que había rehusado el título de caballero por parecerle poca cosa, y el de *baronet* porque era una dignidad estéril, tratándose de un hombre sin herederos. Nadie se imaginaba que pudiera casarse algún día; y cuando se verificó su matrimonio se le atribuyeron miras positivas; el deseo muy natural de instalar una persona amable en su magnífica casa, y el de asegurarse para su vejez una encantadora compañía.

Preciso es convenir en que estos rumores tenían razón: el amor entraba por muy poco en su enlace con Fany; la sola, la única pasión de su vida había sido apagada por la mano del destino, y era ya demasiado tarde para encender otra en su corazón.

Ni se había casado con miss Kendal por amor, ni había tenido la loca pretensión de que ésta le amase, y acaso era éste el secreto del consentimiento de la joven: John tenía por su esposa todo el respeto que el noble carácter de ésta merecía: adhirióse á ella de una manera casi paternal; pero Juana, la primera y feliz esposa, que dormía bajo la tumba blanca del cementerio, no podía tener celos, y apenas hubiera reconocido en aquel viejo, que todos llaman *el dichoso marido de Fany*, al esposo enamorado y entusiasta que la condujo al pie de los altares para unir al suyo su destino.

Para Fany todo se arregló de la manera más feliz posible: en el afecto que le demostraba su marido, afecto sin exigencias y sin demostraciones apasionadas, más parecido al de un padre que al de un amante, encontró la sola cosa que deseaba: el reposo.

En el carácter de Bowerbank, mesurado, tranquilo, siempre el mismo, que no deseaba más de lo que podía esperar, y que no le pedía más que lo que quería darle, la pobre niña encontró un poco de ese bienestar moral que creía haber perdido para siempre en el mundo. Ella, que había empezado su vida por un sueño virginal, del que había reconocido tristemente la absoluta falsedad; que en su debilidad, más grande que la de otras mujeres, había buscado apoyos, uno después de otro, y que todos los había visto hundirse bajo su mano, encontró en su casamiento un hombre bueno, benévolo, práctico, y cierta calma que, después de las tempestades de su juventud, no estaba exenta de dulzura y de encanto.

Y además, para una naturaleza débil y vacilante como la suya, había un verdadero alivio al pensar que su destino se había fijado de una manera irrevocable.

Durante los tres primeros meses de su matrimonio, todos cuantos conocían ó visitaban á Fany decían que mistress Bowerbank tenía un aspecto de salud excelente, y mil veces mejor de lo que podía esperarse, porque todos sus conocidos creían que había heredado la enfermedad de su madre, enfer-

medad de consunción y de languidez, mal íntimo, que rompe los resortes de la juventud, y que hace de la vida una larga y triste fatiga, y del sepulcro el sólo descanso posible.

No podía decirse que su nuevo estado hubiera operado cambio sensible en mister Bowerbank: era ya demasiado viejo para eso: sin embargo, recorría con aire de contento y de orgullo su bella y suntuosa casa, y cuidaba con el mayor esmero á su joven esposa, tan dulce y tan delicada: la presentó á la sociedad más brillante de Liverpool, y aceptó para ambos suntuosos convites: en medio de aquellos trajes vistosos y ricos, Fany, vestida siempre de blanco ó de color de rosa pálido, parecía una flor del valle en una plantabanda de jacintos y de ranúnculos.

Si no llevaban, pues, una vida de embriagadora felicidad, llevaban estos dos seres una apacible vida doméstica. Fany había soñado en la aurora de su vida con ser la esposa de un hombre pobre, cuidar de una casa muy modesta, componer la ropa blanca de su marido, y velar para que las comidas estuvieran sazonadas y la mesa bien servida en lo posible; hubiera querido ser tan económica, que nada de lo que ganase su marido se emplease mal, y todo trabajo, aun el más penoso, le hubiera parecido dulce si podía contribuir á su bienestar.

Mas el cielo no había querido que éste fuese el lote de la vida de aquella joven. Tenía por marido á un hombre rico, y no se la pe-

día otra cosa que una ociosidad elegante: quizá algún tiempo antes le hubiera parecido esto intolerable; pero desde hacía muchos años estaba habituada á una vida pasiva, lánguida, y ahora encontraba placer en no hacer nada, y en vivir por la imaginación, puesto que nadie se interesaba en darle un papel activo. A los ojos de los que sólo veían su vida exterior, ésta no podía ser más dichosa.

—Está mimada por un viejo,—decía una joven señora de Liverpool á mistress Knowle, que se hallaba de visita en su casa;—lo cual es mil veces mejor que ser la esclava de un marido joven.

—No es eso, muy segura estoy de ello,—respondió Emma con un acento mitad cómico y mitad furioso;—yo creo, amiga mía, que vos sois la esclava de vuestro marido, como yo lo soy del mío, y que si no lo fuerais, deploraríais el haberos casado.

Pero la esclavitud del amor no era tampoco el lote que había tocado á Fany; no tenía que cuidar de la ropa de su marido, ni le cepillaba la levita, ni le buscaba los guantes; cuando mister Bowerbank regresaba á su casa por la noche, no iba tampoco apresurada á abrirle la puerta; no le preparaba los almohadones del sofá para que durmiese la siesta después de comer. ¿Para qué había de hacer ella todo esto, cuando había tantos criados en la casa? A la verdad, jamás le ocurrió ocuparse de tales cosas, propias sólo cuando nos acompañan los dos grandes

bienes de la vida: la modesta medianía y el verdadero amor.

Fany cuidaba mucho de vestirse con esmero para presidir la mesa de su marido; casi todos los días paseaba en carruaje por el campo, pensativa y solitaria, ó bien devolvía visitas de cumplido después de los saraos y conciertos, adonde mister Bowerbank se complacía en llevarla, siempre vestida con esquisito gusto y riqueza. Nunca estaba desapacible con Fany; nunca le preguntaba tampoco si era dichosa. Sin duda que él buscaba, á su modo, la manera de hacerla feliz, porque estaba dotado de buen corazón; pero no era ni afectuoso, ni galante, ni simpático. Además, era viejo, y toda su juventud se hallaba sepultada bajo la blanca tumba del cementerio de Hate.

Mistress Knowle contó una vez, algunos años más tarde, que un día de Navidad, uno de esos raros días en que la Bolsa está cerrada, porque mister Bowerbank era incapaz de faltar á sus operaciones comerciales, le había visto atravesar el césped helado del cementerio; estaba solo, aunque sólo hacía siete meses que se había casado por segunda vez; la blanca tumba de Juana estaba cerrada; pero el montoncito de tierra que la formaba se había ido bajando al nivel del suelo. John se arrodilló delante de aquella tumba; su mirada triste y fija parecía querer penetrar hasta el fondo; pero si lo hubiera conseguido, sólo hubiera encontrado un puñado de huesos.

Ahora, otra mujer estaba sentada en su hogar, que se había vuelto espléndido, y algunos de sus amigos le decían que podría tener un hijo; los menos benévolo aseguran que después de haber rehusado el título de *baronet*, una necesidad orgullosa de posteridad, el deseo tan inglés de tener una familia, había entrado en aquella grave cabeza, y entonces, siempre serio y positivo, había concebido el proyecto, tan tardío á sus años, de casarse otra vez. Paseando entonces una mirada por el escaso círculo de jóvenes que conocía, había hallado una que por su extrema dulzura podía ser una compañera conveniente para un hombre de su edad. Y sin preocuparse mucho de sus sentimientos, había arreglado el matrimonio, como si fuera un negocio, con su antiguo amigo mister Kendal.

Un año más tarde le ofrecieron de nuevo el título de *baronet*, y fue aceptado; pero al ver que no aparecía ningún heredero de esta grandeza, sir Jhon Bowerbank se volvió más silencioso y más triste; demasiado bueno para dejar ver su pena, su cara plácida adquirió, sin embargo, una expresión más fría; y bien que no fuesen completamente desgraciados, porque no tenían mucha felicidad que perder, la desunión tácita y silenciosa entre ambos esposos se acentuó más cada día. Cada día pasaban juntos menos tiempo, lo que es cosa muy fácil entre las gentes ricas que tienen ó creen tener que cumplir tantos deberes de sociedad y de posición.

La pobre Fany sonreía siempre con su aire lánguido, dulce y pensativo. Sir Bowerbank no le dirigía jamás una sola palabra desagradable; y, sin embargo, sus días se volvían cada vez más pálidos, sus grandes ojos parecían agrandarse todavía, y su mirada vaga se fijaba en un horizonte lejano, como si buscara en un cielo ya vecino alguna cosa que no se hallaba ya en la tierra, alguna cosa perdida ó incompleta, y que no podría completar acá abajo, ni aun al precio de toda su fortuna.

El matrimonio es el cielo ó se vuelve el infierno, no de pronto, porque el tiempo dulcifica y corrige muchas cosas; mas cuando el tiempo no adelanta nada en esta obra, se produce en el alma un vacío de muerte, un estado de sufrimiento sin esperanza; se siente que la última probabilidad de dicha se ha perdido, que el último dado se arrojó, y que el juego ha hecho traición.

No era tal probablemente la situación de sir Bowerbank; su sensibilidad no había sido nunca muy viva, y además le embargaban el pensamiento el cuidado de decorar su nobleza reciente y el de atender á sus negocios; las mañanas las pasaba en la Bolsa, las primeras horas de la noche estaban consagradas, algunos días de la semana, á esas grandes comidas, largas, espléndidas y profundamente fastidiosas. Pero Fany permanecía sola en su casa durante eternos días, sin hijos de quien cuidar, sin ningún deber para llenar tantas horas de ocio y de aburrimiento mortal, sin actividad ni ener-

gia bastante para hacer lo que otras mujeres sin hijos, lo que hacía la excelente mistress Knowle; acoger bajo su protección los hijos de la miseria, que necesitaban para vivir de la caridad de las madres por el corazón, que no lo son por la naturaleza.

Para un organismo como el de aquella joven, el matrimonio, tal como le había encontrado, se asemejaba mucho á ese lago en el que los condenados se sienten helar vivos poco á poco, y que es uno de los suplicios que el Dante describe en su poema inmortal.

Pero nadie en el mundo sabía esto; su padre se hallaba en Lóndres, llevando una existencia de comidas, bailes y negocios como sir Jonh llevaba en Liverpool; y aquel padre correcto y elegante no iba á verla jamás; en cuanto á sus cartas, el contenido se reducía siempre á aplaudirse por el brillante enlace que había proporcionado á su hija querida, de la que había asegurado para siempre la felicidad.

Los que habían discutido más vivamente el pró y el contra de aquel enlace se habían ya olvidado de él, y dejaban á los esposos llevar su cruz ó disfrutar de su dicha, como sucede siempre y en todos los países.

III

Los dos socios y sus esposas se habían reunido á la mesa en una comida íntima; el número no pasaba de las cuatro personas, á fin de poder discutir un asunto importante, que interesaba la casa Bowerbank y Compañía.

Aunque el asunto capital se reservaba para cuando las señoras se levantasen de la mesa, los dos negociantes habían hablado de sus asuntos durante toda la comida, cambiando las palabras técnicas y habituales de *buque, navegación, cargas, consignaciones, el algodón en alza, el indigo firme*, y toda esa fraseología que parece tan extraña fuera de los círculos comerciales.

Tales eran los fragmentos de la conversación de sus dueños y señores, que venían á herir los oídos de las dos damas. Mistress Knowle abría los suyos, pues tenía una cabeza muy firme, y desde el día de su casamiento se había arrojado en cuerpo y alma en los negocios de su marido; en caso de necesidad, hasta podía ir á la Bolsa. Mas lady Bowerbank apenas escuchaba lo que se decía; tenía, como siempre, el aire fatigado y distraído, con una indiferencia de gran se-

ñora, cumplía sus deberes de ama de casa, y á cada instante, en los intervalos de la conversación, sus grandes y melancólicos ojos se separaban de la mesa para fijarse á lo lejos en las ondas brillantes del mar, que se descubría por la ventana abierta y que reflejaba los rayos del sol poniente.

No se hallaban los esposos en su magnífica residencia de Birkenhead, sino en una bonita casa del muelle Waterloo, donde á pesar de sus costumbres sedentarias, sir John había ido á pasar el estío con el solo objeto de que Fany cambiase de aire, pues algunos amigos le habían hecho reparar en su palidez y en su estado de abatimiento.

Sir John era un marido excelente; jamás ponía la menor resistencia cuando se trataba de proporcionar á su joven esposa un placer ó un bien, cualquiera que fuese; pero era preciso que le sugirieran la idea de hacerlo, pues nunca se le ocurría por sí mismo.

Lady Bowerbank no había hecho ninguna oposición á aquel proyecto; todos los sitios del mundo le eran indiferentes, y además, éste le agradaba porque la brisa del mar no era en él demasiado fuerte; por las tardes se paseaba á la orilla del mar y llenaba un cestillo de esas conchas pequeñas y delicadas que han hecho célebre aquella costa; y no era que ella tuviese gusto por aquella ocupación; no lo tenía por ninguna, pero le parecían bonitas y esto le bastaba; y después en otro tiempo, que ya le parecía pertenecer á otra vida, un amigo, tiernamente amado

le había llevado algunas conchas, que Fany había guardado en la caja de su labor, y que aun conservaba, pues no creía que en hacerlo hubiera ningún mal.

La naturaleza de Fany tenía de singular que, tanto como era débil cuando era preciso resistir, era tenaz de una manera extraordinaria en sus ideas y sentimientos; tales anomalías no son raras; pero estos caracteres son los que se crean más dificultades y se preparan más penas.

Lady Bowerbank no se esforzaba en dar conversación á su interlocutora, aunque, en verdad, la buena señora no lo necesitaba; á través de la ventana abierta paseaba por el caudaloso Mersey miradas distraídas, siguiendo con la vista los buques que subían ó bajaban silenciosamente por el río, ó bien el largo y misterioso penacho de humo de algún *steamer* aún invisible, pero cuya máquina dejaba oír á una gran distancia su ruido, debilitado á través del apacible paisaje.

Fany ofrecía el más grande contraste con mistress Knowle, que era gruesa, colorada, resplandeciente con su traje de raso color de rubí, y que lucía en el pecho un broche de pedrería, casi tan grande como su corazón. Fany, con su traje de seda de un color claro, sus ricas alhajas, sus encajes magníficos cayendo sobre sus manos blancas y enflaquecidas, tenía mucho de triste y de ideal. Ninguna de ellas hablaba, cuando de súbito una frase las hizo estremecer á las dos. Mistress Knowle se puso colorada como si hu-

biera tenido diez y ocho años, y quedándose inmóvil, fijó los ojos en su plato.

— A propósito, Knowle, — dijo sir John, reclinándose en su silla y con el aire de un hombre que, no obstante la moderación de sus deseos, sabe apreciar la delicia de los vinos de los postres después de una buena comida, — á propósito, siempre se me olvida el preguntaros qué ha sido de aquel joven Stenhouse, que se marchó hace cerca de tres años, bien contra mi gusto por cierto. ¿Os acordáis de él? Si mal no recuerdo, le habéis colocado en Bombay.

— Ciertamente, — repuso mister Knowle, con alguna brusquería, — alargadme esa botella de Jerez, mi querida Emma.

— ¿Sabéis si está allí todavía? ¿Sabéis si le va bien?

— Creo que sí; nos escribe rara vez. Sir John, tenéis un delicioso vino de España.

— No es malo, pero, — prosiguió sir John con la persistencia de un hombre que no quiere abandonar su objeto, — volvamos á Stenhouse; cuando le escribáis decidle que Jones nos deja, y ninguno me gustaría para reemplazarle en el sitio de primer amanuense como Stenhouse... ¿No era Dexter su nombre de pila?

— Sí, así se llama.

— Alargadme el casco nueces, Eduardo, — dijo mistress Knowle con aire significativo.

— Puesto que estáis aún en relaciones con él, — prosiguió sir Bowerbank, al que nadie conseguía desviar de la línea de sus pensa-

mientos, — ¿por qué no le aconsejáis que vuelva á Inglaterra y que entre en nuestra casa? Aquí podía hallar una posición bastante segura.

— Creo que no volvería, sir John; no le gusta Inglaterra, ya pensaré en eso, y volveré á hablaros mañana.

Sir John se sirvió un vaso de Burdeos y habló de otra cosa.

Entonces las señoras se levantaron: la convidada estaba de color carmesí; la señora de la casa, pálida como la muerte. Fany se apartó para dejar pasar á mistress Knowle, á la que Bowerbank abría cortesmente la puerta. Pero cuando la buena señora llegó al salón, se halló sola, y durante más de media hora lady Fany no dejó ver su delgada y elegante persona.

La antigua intimidad de estas dos mujeres no se había reanudado después del enlace de Fany; sólo tenían relaciones de cortesía, y Fany no parecía desear otra cosa; siempre llena de bondad y de benevolencia, la joven, sin embargo, no parecía ni buscar ni desear la amistad de nadie. La vida era para ella una cosa absolutamente pasiva. Mistress Knowle, por su parte, había tenido el buen sentido y el tacto de respetar esta reserva de no hacer nunca alusión á su anterior intimidad, y de no hacer de sus relaciones de otro tiempo un motivo de embarazo para el presente. De esta suerte, y viendo que el silencio acerca del pasado, que ella deseaba, no se alteraba, Fany había pasado

poco á poco de una frialdad nerviosa á una cordialidad relativa.

Sin embargo, mistress Knowle no estaba en casa de lady Bowerbank bajo un pie que la autorizase á seguir á Fany por toda la casa, á hacerle abrir su corazón y á consolarla si esto era posible. Quedóse, pues, sentada en el salón, no atreviéndose ni aun á interrogar á los criados.

Fany volvió, en fin, á aparecer, y su aspecto causó una impresión de pena á mistress Knowle; si poco antes estaba pálida, ahora tenía el aire sepulcral; tenía los ojos encendidos y rodeados de círculos oscuros, y cuando el criado que les sirvió el café hubo llenado su taza, apenas sus manos temblorosas podían sostenerla; balbuceó algunas palabras de excusa; pero cuando el criado se retiró, reinó un silencio mortal, que mistress Knowle, muy confusa, rompió para decir que hacía un tiempo muy bello para pasear.

—¿Queréis pasear por la orilla del río?— preguntó Fany vivamente;—yo no me siento bien, pero mi doncella os acompañará.

—No quiero dejaros sola, querida mía,— contestó la buena señora, cuyo corazón estaba conmovido al mirar aquellas manos, que temblaban, y aquel pálido semblante, en el cual las dos rosas de los pómulos hacían parecer los ojos más grandes. En aquel instante su memoria le representaba dolorosamente aquella Fany tan alegre, tan linda, tan feliz, que había conocido en otro tiempo, cuando

iba á su casa é iluminaba con su alegría y su juventud los aposentos sombríos; cuando se deslizaba como un rayo de sol por las calles del jardín, los domingos, días en que dejaba el escritorio Dexter Stenhouse, é iba á disfrutar durante algunas horas de las bienaventuranzas del paraíso:

El acento maternal, la dulzura exquisita con que le contestó mistress Knowle rompieron el candado de hierro que cerraba el corazón de lady Bowerbank, que se apoyó sollozando en el hombro robusto de su amiga.

—¡Es preciso que yo os hable de esto, es preciso; si no, voy á morir!

—Pues bien, hablad, hija mía,— respondió la buena Emma,—y estad tranquila, que á nadie diré nada de lo que me confiéis: ya sabéis cuan reservada soy...

—Siempre habéis sido buena para mí, y yo no puedo olvidarlo,—murmuró Fany con voz ahogada por el llanto.—Ya es hora de que os lo diga: mi vida es tan horrible, que no puedo soportarla; pero esto no puede durar mucho... ¡Pronto moriré!

—Estáis loca, Fany... ¿Qué diría sir John si os oyera?

—No tengo ninguna queja de él; es demasiado bueno para mí.

—Ya lo sé, y me alegro, hija mía; si tuviérais que hablarme mal de él, no os escucharía yo; las esposas no deben murmurar de sus maridos, porque las palabras de la Iglesia se dicen para los buenos como para los malos. Si Edwuard tuviera algún peque-

ño defecto, y todos los hombres tienen los suyos, lo hubiera yo soportado todo el tiempo posible, y aun alguno más; si se hubiera vuelto malo, hubiera probado á corregirle; y si no podía lograrlo y hubiera llegado á despreciarle, me hubiera separado de él; si, marido y todo, le hubiera dejado; pero sin cuestiones ni ruidos y sin hablar á nadie mal de él: hubiera tenido el más grande cuidado con mi lengua.

—¿No lo he hecho yo hasta ahora?—dijo Fany con voz ahogada,—mi vida es tranquila, y estoy muy agradecida á sir Bowerbank; éste no sabe nada de lo que pasa en mi corazón, ni lo tiene que saber... Le seré fiel hasta la muerte... pero...

Fany se detuvo; asió la mano de mistress Knowle con la energía de la desesperación, y fijó en ella una mirada suplicante.

—Continuad, Fany,—dijo la esposa del socio.

—Necesito que hagáis una cosa por mí... decidme que la haréis...

—No puedo hacer os promesa alguna antes de hablar con Knowle.

—Lo que quiero que hagáis depende de él; él puede arreglarlo todo, y lo hará; estoy segura.

—¿Qué es lo que deseáis, querida Fany? Hablad francamente.

—Ya habéis oído lo que mi marido ha dicho; ahora es preciso que el vuestro consiga... que una persona que todos conocemos no vuelva á Liverpool; que dé los motivos

que quiera, una mentira si no hay otro... ¡pero que no venga!

—Comprendo, y tenéis mucha razón.

—Os lo repito: que no venga,—prosiguió Fany, cuya voz temblaba como si estuviera poseída de miedo.—Yo soy muy débil, y de esto tengo una triste experiencia; ahora estoy en seguridad, y así quiero seguir; ya no le amo... él me abandonó. Mas, por el amor de Dios, que esté lejos de mí... poner la mar entre ambos; que esté yo bien cierta de que no volveré á verle, que no oiré más su voz ni el ruido de sus pasos; ¡que no vuelva á verle jamás, jamás!

—No, hija mía; por lo que dependa de mí, no volveréis á verle,—dijo mistress Knowle, estrechando en sus brazos á la pobre joven.

La buena señora lloraba, y estaba furiosa contra alguno, sin saber contra quién ni la causa; estaba segura de que había allí alguna mala acción, algún doloroso misterio; y aunque no fuese curiosa, quería ir al fondo del asunto para obrar con conocimiento de causa.

—Aclaradme una cosa, lady Bowerbank,—dijo al cabo de algunos instantes;—no os lo pregunto por curiosidad, sino á fin de que mi marido y yo, que le queríamos mucho, y le queremos todavía, nos coloquemos frente á él en una posición clara y definida; decidme claramente en dos palabras: ¿Por qué no os habéis casado con Dexter Stenhouse?

—¡Porque él no ha querido!—respondió Fany sombríamente.—Ya sabéis que prome-

tió solemnemente que en la época de mi mayor edad me reclamaria, y que se casaría conmigo.

—¿Aunque fuera sin el consentimiento de vuestro padre?

—Sí; dijo que teníamos el derecho de unirnos, y que lo haríamos; me aseguró que, si vivía, me escribiría el día que cumpliese veintiún años, diciéndome dónde estaba y cómo habíamos de vernos; pero ¡ni ha escrito ni ha venido!

—¿Qué cosa tan extraña!—dijo mistress Knowle;—y sin embargo, yo estoy segura de...

Aquí se detuvo; tenía en la suya la mano de Fany y tocó el anillo matrimonial; sintió que con una sola palabra podía causar un mal irreparable, tan irreparable como aquel fatal matrimonio, y se detuvo sin expresar su pensamiento.

—¡Oh, qué triste día el de mi mayoría!—exclamó la joven dejando desbordar de su corazón el inmenso peso de su pena;—mi padre se empeñó en dar un baile, y yo me alegré, porque era muy dichosa; al despertar por la mañana estaba cierta de que había de verle antes de terminarse el día; pensaba que vendría en vez de escribirme, porque hacía dos largos años que no me veía; le esperé, hora por hora, durante todo el día; por la noche, aunque me sentí enferma, bailé de miedo de que mi padre comprendiera mi pena; al día siguiente, y muchos más aún, esperé; durante semanas enteras aguardaba

con ansia la hora del correo; jamás, cuando salía, volvía á casa que no esperase hallar su tarjeta ó su carta. Pero nunca me ha escrito ni ha llegado... Al fin supe un día que había partido para la India, y esto fue todo.

Fany dejó caer la cabeza: la energía que había animado sus facciones mientras hablaba desapareció, y volvió á ser la pálida, pasiva y lánguida criatura, la esposa de John Bowerbank.

—¿Le acusáis?—preguntó dulcemente mistress Knowle, temiendo que la pobre joven descubriese en sus miradas alguna cosa que le animase á dirigirle preguntas.

—No, no le culpo,—dijo Fany:—le habían hecho mucho mal; le habían tratado con tanto desprecio, que no me asombra el que su orgullo se haya sublevado y que me haya olvidado: habrá encontrado otra que valga más que yo; las jóvenes de Liverpool son muy bonitas,—añadió Fany ensayando una sonrisa:—yo no lo he sido nunca, y acaso habrá temido que dijeran se había casado con una persona muy vulgar, únicamente porque era rica...

—¡No!—exclamó con indignación mistress Knowle:—jamás le creeré capaz de semejante cobardía.

—Cualquiera que sea el motivo, poco importa hoy,—repuso Fany tristemente: él dejó de amarme, y para nada se cuidaba de mí; otros me pidieron á mi padre, que me atormentaba sin cesar para que me casara; se me acabó el valor, que no era grande, no

supe ya resistir más, y me casé con sir Bowerbank.

Hubo un largo silencio, durante el cual la gran péndola del salón dejó oír su rumor acompasado con una actividad sin remordimientos, inmutable é infatigable como el tiempo, de que era imagen: por la gran ventana abierta se oían en el río, que las sombras de la noche empezaban á hacer brillar, las voces de los marinerós, cuyos navíos se deslizaban hacia el Océano.

Mistress Knowle rompió el silencio y dijo:

—Hija mía, mucho me alegro de la confianza que hoy me habéis demostrado, y jamás os arrepentiréis de ella, os lo aseguro; estoy de acuerdo con vos respecto á que Stenhouse no debe volver á Liverpool. Edward arreglará todo esto de modo que sir John quede satisfecho; y á contar desde hoy, ni vos ni yo volveremos á pronunciar ese nombre.

—No... no... es decir...

Fany se detuvo vacilante: la indecisión era el rasgo saliente de aquel carácter.

—Decididamente *no*, —repuso con severa firmeza mistress Knowle. — Cuando una mujer está casada, no debe pensar más que en su marido: sir John es un hombre excelente, que os quiere mucho. Tenéis mil razones para ser dichosa, y puede enviaros Dios una mayor que todas las otras...

Fany meció la cabeza.

—Ya sé lo que queréis decir, —respondió; — pero ni lo espero, ni lo deseo; no po-

dría llenar mis deberes de madre. Más vale que siga como vivo, que agrade todo lo posible á sir John, que no haga daño á nadie, y que acabe lo antes posible, porque como dice la antigua balada escocesa:

*Dormiré en el viejo cementerio,
Bajo un lecho de verde césped.*

—Estáis loca, querida mía, —dijo mistress Knowle, cuyas mejillas se hallaban bañadas de lágrimas; — viviréis, y llegaréis á ser vieja como yo, fuerte y valerosa como yo.

—¿Lo creéis así? —dijo con una sonrisa de reconocimiento la joven lady Bowerbank; — en ese caso, deseo ser la mitad de buena que vos.

Un criado apareció trayendo un quinqué, y casi al mismo tiempo entraron sir Bowerbank y sir Knowle, muy animados y con trazas de haber arreglado á mutua satisfacción el espinoso asunto que había sido ocasión de aquel banquete; después de media hora de conversación, se separaron.

Cuando mistress Knowle, según su costumbre, refirió á su esposo la conversación que había tenido con Fany, sir Edward, que no era hablador, tomó un aire extremadamente grave.

—En este asunto hay alguna cosa abominable, Emma, —dijo el viejo comerciante.

—¿Por qué? ¿Sabes algo? —preguntó la buena señora.

—Dexter Stenhouse pidió á Fany en ma-

trimonio; para esto fue á Londres, y le negaron á esa pobre niña; nada me ha dicho claramente, pero recuerdo algunas alusiones suyas.

—¡Nunca me has dicho nada!—murmuró Emma con acento desolado.

—Amiga mía, estabas entonces muy enferma; cuando entraste en convalecencia, Dexter había ya partido para la India. Te confieso que pensaba en ti mucho más que en él; ¿no recuerdas, querida Emma, que faltó muy poco para que me dejáras?

Emma besó á su marido en la mejilla; era un beso tierno y tranquilo, que resumía cuarenta años de dicha, y ya no se quejó más de su reserva en el asunto de la ventura de Fany.

—Nadie piensa ya en esto más que nosotros,—dijo;—por suerte, á la pobre niña le ha tocado un buen marido; pero, como dices, mi querido Edward, en el fondo de todo esto debe haber alguna cosa abominable.

IV

Lady Bowerbank se hallaba sentada, sola y vestida de riguroso luto, en el despacho de la casa de su padre, calle de la Reina Ana; había ido á Londres, por la primera vez, después de su casamiento, llamada por un suce-

so bien triste: por la muerte casi súbita de sir Kendal.

Este no era viejo todavía; hasta el día de su muerte se le había visto siempre animado y activo, llevando con placer la vida de un abogado de gran renombre, ganando mucho dinero y dándose mucha prisa en gastarlo en placeres egoistas y elegantes, que el mundo aplaudía por la razón de serlo.

En medio de esta vida le encontró la muerte y le llamó: una enfermedad del corazón, cuya existencia ignoraba él mismo, se desarrolló súbitamente y le hirió en pleno tribunal y en medio de una brillante defensa: su hija y su yerno fueron llamados por el telégrafo; pero cuando el mensaje llegó á sus manos, ya sir Kendal había salido del mundo de los vivos.

Desde el casamiento de su hija, el abogado apenas había pensado en ella; las relaciones filiales que podían existir entre aquella hija tierna y aquel padre egoista debían ser puramente nominales, porque aparte de los derechos de la naturaleza, el abogado no tenía ningún derecho á ser considerado como padre.

Fany le lloró, sin embargo, pensando menos en los últimos años de su vida que en aquellos días de la infancia, en que todo hombre está contento de ser el padre de una niña bonita y dulce. Recordaba el tiempo en que la ponía en pie sobre una mesa y la hacía bailar, ó en que la llevaba al Parque vestida de muselina blanca, adornada con un